

Fernando Aramburu

EL ARTISTA Y SU CADÁVER

TUSQUETS
MARGINALES

Índice

Portada
Dedicatoria
Acogida
Primera comunión
Escritura al servicio del círculo (fragmento)
Gato en Obere Maschstrasse
Evoca, hallándose lejos...
Visita a la oscuridad
Inconvenientes de una noche con Teresa
Infancia vitalicia
Último, inevitable burdel
Cena con el padre
Un rostro en Hamm
Un hombre en llamas
Pared llena de toro
Azar libresco
Cita con el pie
El padre Manzano
Consideración de Jorge G. Aranguren
Algo así
Elogio sentimental de la bicicleta
Del sentimiento alcohólico de la vida
Rostro
Mediterráneo
Dos lágrimas
Previstas sorpresas del correo
Advertencia contra las negruras...
Tres tiempos confluyen
El hado resistido
Río atado
Deudas literarias
Excursión por sorteo
Ocaso nórdico

Disolución del amigo
Ingrávido contratiempo
Hartazgo e inmolación de Francisca
Cómo fundar una religión...
Naturaleza muerta
Apología de la lujuria
La realidad entendida como prodigio
Primeras eternidades
De entre las venideras noches
Intromisión de Luis Buñuel
Frente al hueco
Absoluto interior
Fragmentos de corazón
Encuentros con Carlos Aurtenetxe
El edén anualmente saqueado
A la patria (desde el bar de la esquina)
Ley de vida
Impromptu
Orígenes lingüísticos...
Nunca amor
Introducción al discurso de las paredes
De cómo una noche hice milagro
Monstruo de baja calidad
Cercanías del artista
Un cuerpo está sufriendo
Don Ramón, atravesador de tabiques
Nueve uvas
El primer libro
Fraternidad
El peso de la palabra
Limaco de las Lofoten
Becqueriana
La otra música de fondo
Mujer lapidada según nuevo método
Ejecución de un lector (confidencial)
El ser descolonizado

Auto-autopsia
Largo velar
Hannover Hauptbahnhof
Bajada
Funerales de la jornada
Hallazgo del mendigo
Página de tu diario
Juan Larrea
Gallinero trascendido
Penitencia ominosa
El padre Amado
Reloj (fragmento)
Flandigorri
Rebelión de los cadáveres
Construcción de un dios
Mosca abstracta
Camas superpobladas
A la manera de Fray Luis de León
Carrera de árboles
Del esqueleto enamorado
El hombre de la nariz malfósica
Más sobre el hombre de la nariz malfósica
Inhumación del hombre...
Erupción
Un ataúd interceptado
El acabose
Créditos

A Zoki, a quien París tenga en su gloria

Acogida

Encontrabas en el andén a los menudos seres familiares abriéndose camino entre la multitud oscura para abrazarte, y tú advertías en sus rostros la opacidad de la vejez y algo de aquella ansiosa expectativa que envolvió los intensos años de tu infancia, hoy tan ajena a la razonable persona en que has parado. Sus labios tibios rozaron un instante tu mejilla y recordaste acaso alguna fortuita hoja de otoño que, al pasar, volandera, te golpeó levemente en la cabeza. Iluminando así una parte de tu vida ya tan desgastada, no sin temor veías los ojos vidriosos que te miraban con la ternura que sin esa unción callada no sabría manifestarse. Tú apenas eras el apacible extraño que llega de lejos con su bulto y su sombra. Mas adentrados luego en el bullicio de las calles conocidas, ellos no se percataban de la presencia que muda e invisible también venía a recibirte en la tarde, disponiendo tus sentidos para una emoción solitaria que sólo a veces la música concede. Allí estaba de pronto el olvidado olor del mar, entre las sucias casas en cuyos tejados y azoteas se posa fugazmente la gaviota; allí la brisa salobre que te colma con la recobrada frescura de otros tiempos de delicia; allí, tenue aliento del océano, la calina; allí, ahora sí, el ruido de las olas jubilosas en las rocas del fondo, que resuena en la intimidad encogida de tu pecho, devolviéndote por fin a los seres con dolor que caminan a tu lado.

Primera comunión

La claridad del alba nos llegaba desde un costado, a través de las vidrieras de colores, proyectando sobre nosotros una cascada de caprichosas gotas refulgentes. A cada rato, como expelidos del buche de un ave moribunda, raspaban en lo alto de bóvedas y arquerías los sones sueltos de una música desapacible, sin más contrapunto que las incesantes toses de abajo. Queriendo explicarme la ausencia del dios, imaginé que acaso se habría guarecido en esa parte luminosa del templo donde se acogen de costumbre los hombres ostentosos, cerca de los ventanales abiertos al resplandor de la mañana, que caía con el ímpetu de un chorro en la rompediza existencia de todos aquellos cuerpos hacinados.

Parte de la muchedumbre aún dormía, tendida en los bancos con la cabeza recostada en un sucio revoltijo de harapos. En silenciosa fila, el resto se alineaba ante el obispo, solemne y anciano en lo alto de las gradas. De la dorada copa con temblor sostenida por su mano de huesos secos, sacaba una hoja verde que ofrecía a la primera boca, más tarde un trozo de hielo, una viruta, un dado, una guija después para nuevas bocas a su don entreabiertas. Yo aguardaba mi turno, inflamado del fervor de quien aspira a llevarse a los labios un fragmento divino. De reojo vi un cuerpo inmóvil, seguramente muerto, caído al pie de una columna.

Al fin ante el tremendo sacerdote, cerré los ojos con ansia de gustar de su sorpresa: una hoja, una fruta dulce o amarga, una moneda como antes los que me habían precedido. Mis pasos me llevaron a las palabras sagradas que

musitó con ceremoniosa soñolencia, con susurro incomprendible y rutinario. Entonces sintió la lengua del niño que yo era el inconfundible sabor del excremento.

Escritura al servicio del círculo (fragmento)

Una mosca se posa casualmente en la palabra mosca y
recorre la frase una mosca se posa casualmente en la pala-
bra mosca y recorre la frase una mosca se posa casualmen-
te en la palabra...

Gato en Obere Maschstrasse

A la vez que la luz, frío y sin sombra, castigado por la noche pasada en la escalera, furtivamente entraba al cuarto sin que supiéramos muy bien por dónde. Antes de verlo o de sentirlo, anunciaba su presencia la leve insinuación de un poco de aire fresco venido desde fuera. Lo sabíamos próximo y fingíamos dormir para inducirlo a delatarse con ruido innecesario, que jamás hacía. En algún rincón aguardaba el final de nuestro juego. Al rato de llamarlo, aparecía con cautela debajo de la silla, sin mirarnos, como si por allí pasara casualmente, escondiendo por propia conveniencia su don salvaje tras la elegante mansedumbre de su especie. Evocación de tigre a la distancia justa de ser acariciado o acariciarse por sí mismo, se acercaba amistoso al borde del lecho, sorteando los cachivaches humanos que constituían su selva. Nuestras cálidas manos lo tocaban y entornando los ojos, sumido en la apacible sensación segura, ronroneaba su agradecimiento. En la memoria guardo su pelambre taheño, su cabeza grande y su cola estirada. Con gusto cambiaría mi lenguaje por mirar con sus ojos un momento, un momento tan sólo, lo vivido.

Evoca, hallándose lejos,
su ciudad mientras friega la vajilla

Se entrechocan en el horizonte las naves de vidrio. Vacías de tripulación, zozobran en el espumaje de la mar que hierve. La pleamar arrastra los tazones del desayuno hasta la playa, por donde un perro solitario corre deshaciendo las pompas suspendidas entre pecios de loza. Espejea, con cuánta pereza, con qué pocas ganas, el gris de noviembre. La miel de una cuchara escurre sobre árboles y muros del castillo, lava dulce que se derrama lentamente sobre los escollos del Paseo Nuevo. Hay en ella un hombre atrapado. ¿Será Francisco de Aldana, que quiere equivocar los plazos de su suerte en vísperas de la desventura de Alcazarquivir? Por allí cerca camina un señor de frente despejada y tamaño familiar, a quien enseguida reconozco. Está mirando las olas verdiazules subido a un plato, la vaporosa agua con jabón que ondula en la bahía. Se llama Carlos Aurtenetxe y ahora endereza sus pasos por el borde de la tina. Anota en un cuaderno de escolar que lleva a veces consigo, con letra de demonio, un verso irremediablemente profundo que se le acaba de ocurrir.

Visita a la oscuridad

Tú fuiste, entre las sombras, la más temprana al primer entendimiento. Disuelta en las paredes invisibles que ennegrecen y limitan este poco de siempre con nosotros, perdurabas inmóvil como dolor al acecho, sabiéndote temida, inolvidada. A menudo presiento que me contemplas fijamente desde tu secreto estar. Entonces soy de nuevo el niño colorado y resollante que sube veloz los crujientes escalones porque quiere llegar el primero al quinto piso, no lejos de las nubes que hincha la espuma del mar al romperse, y ante aquel portón enorme, como no alcanza el pulsador del timbre, aporrea con su puñito blando la madera despintada del cuarterón, sudoroso, inquieto, feliz por visitar la casa grande y triste donde la abuela, encogida en el lecho, no terminaba nunca de morir. Desde el umbral después, burlado el enojo del pariente que exigía de mí un silencio imposible, corría adentro cada tarde, con inocencia, hacia tu color de penumbra, tu atmósfera espesa y apagada, tus rancios olores que vivamente percibo todavía. Y así vuelves a anunciarte, con crudeza, igual que entonces, en la memoria de tu testigo: el corredor donde siempre reinaba un sucedáneo de noche negra; la vela sobre la consola con su llama lánguida; el tufo a coles y fritangas, a medicinas y abrigos húmedos; la vaga sensación de lentitud y abatimiento que se comunican entre sí las gentes calladas en la oscuridad, su desolación devota en la que yo muy someramente reparaba. Mi ignorancia alegre y mi niñez absoluta aún entran dando voces en el cuarto donde tú escenificabas la larga agonía del cuerpo solo ante la sombra inmensa, del cuerpo que me quería, que dedicaba una última luz de su

conciencia, de sus minadas facultades a este delgado querer que lo salvaba cada tarde de la muerte, arrebatándolo hacia la vida, donde sufría sin cesar. Durante horas apretaba mi mano con su racimo de huesos temblorosos (el único miembro que podía articular un poco), y a ratos se esforzaba por hablarme con el incomprensible estertor a que había derivado su lenguaje tras la embolia. Olía mal, a enfermedad, a heces finales, a estrago físico, como seguramente deseabas tú que hediese. Recuerdo un rayo con forma de círculo en la tormenta nocturna, la brisa marítima al entrar en la plaza, los mayores exhibiendo su aflicción en la cocina, el cadáver morado. No le falte en el cielo que esperaba el candor que sin saber le ofrecí en su difícil hora, hace mucho, al fondo de un pasillo, en la penumbra lóbrega de un cuarto.

Inconvenientes de una noche con Teresa

Un instante, un infinito instante, después de ocultar el hábito en el arcón para que yo no viera las hilachas ni los bastos remiendos, se ha quedado quieta en la penumbra. La medianoche atiza su rescoldo negro tras los barrotes del ventano, en los que anuda la luna de Castilla sus hilos densos, su menesterosa claridad de similar. Ahora se esparce por la celda la tufarada penetrante de carne de mujer. A la callada luz de un relámpago de agosto, su desnudez torpona y sin ternura se revela como espectro. Llega a mí en son de entrega ese cuerpo maltrecho por la edad, por las enfermedades y los arduos caminos recorridos. En él las juveniles formas, aniquiladas, ya no alientan. Y ha dicho con fogosa sumisión, arrodillándose: «Tomad, Señor, al fin la humilde sierva vuestra, para que more en Vos, que sois y dais la vida verdadera». A lo lejos, rompían la calma ardiente los quejidos de un bronce doce veces golpeado. Más tarde, por encima del techo que nos cubría, anduvo raspando el mochuelo con sus uñas las tejas requemadas. Yo quisiera referirle, explicarle, desengañar a la mujer; pero cualquier intento de hacerla entrar en razón se malogra a causa del afán desmedido que la demuda. No admite otro consuelo que la consumación de su arrebató. Esta monja rolliza de ojos vivos, que, a fuerza de mirar con castidad, queman procaces; este ser que trasuda una acre pestilencia y que se acuesta con botines, ha encendido la vela con mano brusca y un poco amoratada. La luz mortecina agiganta nuestras sombras en la pared de cal. Insaciable mujer. Un furor místico le devora las entrañas. Delira, entornando los párpados, ora en latín, ora en la ruda lengua del vulgo. Tiene los an-

chos pechos cubiertos de costras, heridos por los tormentos que deberían halagar al divino dueño con quien sin duda me confunde. Por toda Ávila se expanden los santos crujidos del catre. Relampaguea débilmente. Rendido de fatiga, oigo en sueños al mochuelo batir las alas en el tejado. Y la oigo a ella, una vez más, implorarme la muerte que es la vida, o la vida que es la muerte, ya no me acuerdo.